

## INTERVENCIÓN EN LA FUNDACION "HUMANISMO Y DEMOCRACIA"

Quienes consideramos que la política puede ser para algunos ciudadanos una actividad permanente y que quienes estamos en ella de forma principal asumimos, sin vanagloria ni desdoro, la condición de profesionales de la "cosa pública", hemos de aceptar también que nuestra acción solo tiene sentido si se realiza en estrecha simbiosis con aquellos otros ciudadanos, la inmensa mayoría, que viven la política, como una dimensión de sus vidas, ciertamente importante pero ni exclusiva, ni siquiera en la mayoría de los casos determinante. De aquí que, para mí, la capacidad más decisiva del político, su función más eminente sea la de interesar, y me atrevo a decir ilusionar, a sus conciudadanos en el destino de la comunidad a la que pertenecen. A esa tarea fundamental de pedagogía, pero, también, por qué negarlo de seducción y de convencimiento es a la que contribuyen actos como este.

Y lo hacen desde ese ámbito que, hoy sabemos esencial, que es la sociedad civil, en la que las Fundaciones, y, en especial, las fundaciones políticas, son actores mayores para la creación de estados de opinión y para la elaboración y lanzamiento de las grandes orientaciones comunitarias. La nuestra, la Fundación Humanismo y Democracia cumple ese propósito desde una opción que reivindica inequívocamente: la del ideario político de inspiración cristiana. Con el que me identifico en plenitud. No tengo otro. Desde los comienzos de mi vida pública el ha inspirado todos mis pasos, todas mis decisiones. Como ministro del gobierno de U.C.D., como Secretario General del Consejo de Europa, como diputado y presidente de la Comisión institucional del Parlamento Europeo y ahora como Comisario de la Unión Europea, mi filiación, mis lealtades, mis acciones y mis comportamientos tienen una única referencia: la democrático cristiana. Que, en algunas ocasiones, puede haber coincidido con las conveniencias de mi carrera profesional y en otras no, pero que se ha impuesto siempre a mí de forma inapelable. Y cuya sustancia, cuya quintaesencia es el zócalo de mi vida política. Si tuviera que resumirlo solo en dos palabras, estas serían: Humanismo cristiano.

Todos conocemos los textos fundadores que desde Agustín de Hipona y Tomás de Aquino hasta las contribuciones más relevantes del pensamiento católico del siglo XX y las enseñanzas de la doctrina pontificia de los grandes Papas nos permiten disponer de un corpus de principios y pautas, de análisis y propuestas en las que encardinar nuestra reflexión y nuestras conductas.

Corpus y zócalo hoy más necesarios que nunca. Pues el paradigma dominante de la modernidad, el del progreso lineal e indefinido hace agua por todas partes. Y al mismo tiempo, y hoy también más que nunca, la humanidad está decidida a seguir adelante, empeñada en aumentar su bagaje, su cuota de felicidad. La destrucción del medioambiente, las rupturas sociales, la generalización del desencanto, parecen compañeras inseparables del crecimiento económico y del desarrollo tecnológico, y seguimos abstinadamente postulando su necesaria reconciliación. En Europa como en el resto del mundo.

Los grandes modelos, las grandes ideologías fundadoras, las estructuras axiológicas globales, los grandes relatos, que han sido la base de nuestras creencias, han perdido toda vigencia.

La desbandada hacia lo individual, la creciente complejidad de nuestras sociedades nos encuentran perplejos e inermes sin más aprestos ni respuestas que un nihilismo blando y narcisista que llamamos, a falta de ideas y hasta de palabras, postmoderno.

Frente a esta perplejidad e indefensión el humanismo cristiano nos ofrece un marco de valores, al mismo tiempo, consistente y abierto, que se organiza a mi criterio en torno a cuatro polos.

El primero la trascendencia, que nos empuja fuera de nosotros mismos y nos asegura una existencia más allá de los límites físicos de nuestro cuerpo y de la temporalidad de lo humano en la postulación de una entidad divina que es un Dios personal cuyo propósito es asociarnos a todos de forma permanente en el disfrute de su gloria. Asociación en la que somos todos en Dios no lo que somos cada uno en nosotros mismos y lo que somos todos con todos sino un conjunto inconmensurable, que no nos suma, ni siquiera nos multiplica, sino que nos eleva a una potencia infinita.

El segundo es la persona humana, en la que el individuo es indisociable de la comunidad, en la que el cumplimiento individual, los logros del sujeto son función de su traducción comunitaria. Este emparejamiento radical que tan definitivamente han formulado el personalismo de Emmanuel MOUNIER y las profundas reflexiones de Gustave THIBON y Jean GUITTON es lo que hace que para nosotros individuo y comunidad y sus ámbitos analógicos, lo privado y lo público, lejos de ser incompatibles sean intrínsecamente complementarios.

Quiero agregar un tercer polo representado por la pareja libertad y solidaridad. La libertad como soporte de toda responsabilidad y motor de toda iniciativa, libertad que nosotros con San Pablo sabemos que se conjuga siempre de la mano de la verdad y que desde ella constituye a la persona humana, nuestro segundo polo, en el único protagonista posible de la acción individual y de la historia colectiva. Protagonismo que para el humanismo cristiano no se produce en una relación inevitablemente antagonista de unos con otros, no es una libertad contra los otros sino que al contrario solo alcanza su cumplida expresión con los demás. Mi libertad no se encuentra a sí misma en la soledad de la mónada sino que solo se realiza plenamente en conjunción con los demás. El vivir del cristiano es siempre convivencia. El cenit de su libertad esta en la Comunión de los Santos.

Y finalmente esa pasión de universalidad y diversidad, ese cuarto polo, que eleva la anécdota de nuestra condición particular, la especificidad de lo propio y de lo local, de lo que solo vale para uno, a la categoría de lo que aspira a tener validez para todos, de lo que espera tener rango de "católico".

Termino reiterando algo para nosotros obvio: Que con este patrimonio de valores y creencias, con este equipaje de principios y propuestas, los humanistas cristianos sentimos el modelo europeo de sociedad como algo profundamente nuestro. Algo que hace de Europa un espacio en el que la dimensión religiosa de la trascendencia no es clausura integrista ni sectarismo excluyente sino tolerancia que mantiene la esperanza en un más allá para todos. Un espacio en el que el ciudadano es una persona humana que auna individuo y comunidad; en el que las mujeres y los hombres solo conciben su libertad como ejercicio conjunto y solidario con los demás. Un espacio, Europa, cuyo destino es necesariamente común y que lejos de querer ser fortaleza para unos pocos privilegiados, aspira a servir de plataforma de interacción, de mano abierta y tendida hacia todas las otras áreas y pueblos del planeta.

Modelo europeo y cristiano al que esta Fundación y yo mismo, no estamos dispuestos a renunciar